

Juan E. Navarro y López

CONSIDERACIONES

SOBRE EL

Concepto del Progreso



DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL

ATENEO DE JEREZ DE LA FRONTERA

EL 8 DE JUNIO DE 1900



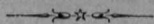
JEREZ.

Imprenta de «El Guadalet», á cargo de Martin Diaz,
Calle Compás, número 2.
1900.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL

Concepto del Progreso



DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL

ATENEO DE JEREZ DE LA FRONTERA

EL 8 DE JUNIO DE 1900

POR

D. Juan E. Navarro y López

ABOGADO.



JEREZ.

Imprenta de «El Guadalete», á cargo de Martin Diaz,
Calle Compás, número 2.

1900.

A mi respetable amigo el Sr. Don
José Echeverría y López
El Autor

Señores :

Enseña la Filosofía de la Historia, que en cada siglo de la vida de la humanidad, hay una idea que sintetiza todas las ideas, una aspiración que reúne en sí todas las aspiraciones, una voluntad que parece ser el centro hacia el cual convergen todas las voluntades, y esa idea, esa aspiración y esa voluntad, se expresan con una sola palabra, de sonido al parecer maravilloso, cuyo eco despierta todas las inteligencias, conmueve todos los corazones, é impulsa todas las voluntades. Esta palabra es en el siglo XIX *Progreso*; no es nueva ciertamente, ni tampoco lo es la idea por ella representada. ¡Cómo ha de ser nuevo el Progreso, si está vinculado en una institución subsistente hace cerca de dos mil años! ¿Acaso no es para la humanidad el Cristianismo el único y verdadero Progreso? Pero si la palabra no es nueva y la idea es antigua, es de ayer, es de hoy, el inmenso poder que en todos los hombres ejerce.

Mas, ¿qué significa el Progreso? ¿en qué consiste? ¿Nuestro siglo es siglo de progreso, ó es siglo de decadencia? Hé aquí el tema de este modestísimo trabajo.

No se me ocultan la profundidad y extensión del asunto, y bien conozco la pequeñez de mis facultades; mas lo elegí con amor, cuando sentí desaliento me animaron y... aquí estoy confiado en que, lo que á otros se otorgó sin necesitarlo, no se ha de negar á quien, como yo, tanto lo há menester, bien enten-

dido, que al pedir benevolencia, es sólo para mí, no para la doctrina que he de exponer de cuya verdad estoy cierto, porque es la católica. Si no os convence, culpa será de las deficiencias de la exposición y de la falta de brillo de mi palabra.

Todo sér criado tiende por naturaleza á la perfección de su tipo; por eso en el sér viviente se observa la tendencia á elevarse, á extenderse y á completarse. Este movimiento de la vida, es más vigoroso y más vivamente sentido por el hombre; como criatura inteligente y libre aspira á pasar de lo menos perfecto á lo más perfecto, de lo pequeño á lo grande; le es propio caminar libremente á su fin, y al conseguirlo llegar á su verdadera perfección; siente dentro de su alma el reflejo de lo infinito y el impulso hacia lo eterno; y ese afán por todo lo grande, esa aspiración natural á todo lo perfecto, ese impulso hacia lo eterno, y ese reflejo de lo infinito, es lo que mueve al hombre, bien dirigido y ordenado, á ir en busca de la verdad, descansando su razón cuando la halla, es el ideal que inspira al genio del artista, es el principio inicial de las grandes y heroicas acciones, es, en suma, lo que eleva, dignifica y engrandece al hombre sobre todos los otros seres de la creación visible.

Ahora bien; el movimiento hacia adelante en el camino de la vida, el acrecentamiento y elevación del sér, la marcha libre del hombre ordenada á su engrandecimiento y su fin, es lo que constituye el Progreso, lo más legítimo que en él hay, porque es lo más propio de su naturaleza. Progresar y avanzar constantemente hasta llegar al término, es la ley que ha de cumplir, no de modo fatal y necesario, sino por actos libres, porque libre es el hombre.

Pero por lo mismo que es tan grande la fuerza del movimiento que lo impulsa hacia el progreso, es necesario darle una dirección segura, no sea que, extraviado en el camino por el cual debe seguir, lejos de avanzar, retroceda, y en vez de hallar el progreso que ansía, encuentre la decadencia que aborrece, porque, es cosa sabida, las grandes fuerzas cuando van mal dirigidas, producen los más grandes desastres, así como los ríos que se desbordan al salirse de su cauce, ocasionan una ruina tanto mayor cuanto mayores sean el ímpetu de su corriente y el caudal de sus aguas.

Recordad, señores, una de las más sangrientas revoluciones de la historia; tuvo por enseña la bandera de la libertad, cualidad la más estimada del hombre por ser la virtud que le perfecciona. Apenas oyeron pronunciar su nombre, lanzáronse las muchedumbres con su inmenso poder tras de los jefes que prometían conquistarla; pero engañadas, seducidas y mal encaminadas, sólo encontraron al fin el *Imperio del Terror*. Sí, recordadlo bien; como la ardiente lava que el volcán en erupción arroja, que ma, destruye y arrasa cuanto toca, de igual manera, aquella lava humana que el volcán revolucionario arrojó, sin respetar ni la grandeza divina, ni la santidad del templo, ni la majestad de los reyes, ni la dignidad de la mujer, ni la justicia del magistrado, ni la ciencia del sabio, ni los prestigios del artista, ni aun la inocencia y el pudor del niño, quemó, arrasó y destruyó todo cuanto encontró en su camino; y loca ya, ebria de sangre y fuera de sí la Revolución francesa, «condujo por término de todo— al decir del primer crítico español de nuestro siglo— al despotismo militar, al cesarismo individualista y pagano, á la apoteosis de un hombre que movía masas de conseriptos como rebaños de esclavos. ¡Digno

término de la libertad sin Dios ni ley, apuntalada con cadalsos y envuelta en nubes de gárrula retórica!»

Pues bien, diré yo con palabras de un elocuente orador: «Soñar con el Progreso, buscarlo, perseguirlo, es una necesidad del hombre; pero alcanzarlo ó no, esto es, subir ó bajar, eso entra en el dominio de su libertad. La humanidad es libre, y dejando aparte la acción de la Providencia, lleva su destino en la mano de su libertad; libertad terrible por cuyo medio el hombre puede elegir su grandeza ó su abatimiento, su progreso ó su decadencia, su vida ó su muerte.»

Para conocer debidamente la verdadera doctrina acerca del Progreso y señalar la dirección que debe darse á la pasión que por él sienten los hombres, es necesario fijar antes el momento de su principio, cuestión íntimamente relacionada con la del origen del hombre, pues del progreso humano se trata, y á la cual da el Cristianismo una solución clara, precisa y racional, sintetizada en estos tres dogmas: «Creación libre del hombre por Dios.» — «Caída del hombre.» — «Reparación de la caída por Jesucristo.» De cuyas verdades deduzco estas otras: 1.^a El hombre fué criado perfecto conforme á su naturaleza. 2.^a Voluntariamente cayó de su estado de perfección y en ese instante comenzó su decadencia. 3.^a Los efectos de esta caída fueron reparados por el Libertador del género humano, y con esta reparación, es decir, con el Cristianismo dió principio el progreso del hombre.

Es sublime y sencilla la relación bíblica de la creación del hombre; permitidme que os la recuerde.

Después de crear Dios todas las cosas, vió que eran muy buenas, ó lo que es igual, perfectas según el ser de cada una, y quiso darles señor que las po-

seyera. Entonces del barro de la tierra formó un cuerpo en el cual reasumió las bellezas de las creaciones inferiores; lo colocó cara á cara delante de sí mismo é inspiró en su rostro soplo de vida y fué hecho el hombre, semejante á las otras criaturas de la tierra porque era cuerpo, pero superior á ellas porque era espíritu, semejante á Dios porque tenía inteligencia, pero inferior á Él porque tenía materia. Creó luego á la mujer para compañera del hombre y les dijo:

«Tened el señorío sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los animales que se mueven en la tierra.»

«Todas las plantas y todos los árboles frutales con las semillas que llevan en su seno son vuestras y servirán para alimentaros.» Y fué hecho así.

¡Oh! ¡qué grandioso espectáculo sería la aparición del primer hombre sobre la tierra, y cuán admirable y armónico saldría de las manos del Criador!

Vedle ahí, en su tipo primitivo, conforme á su ideal, con la hermosura de su cuerpo y la pureza de su alma, por la majestad de su frente y el poder de su mirada subyugando y dominando á los seres de la tierra, orgullosos de servir á tan magnífico señor, y merced á su inteligencia rindiendo adoración al Criador que á sí le atrae, porque le había tocado de su propio espíritu marcándolo con el sello de su infinita grandeza.

El primer hombre, por lo tanto, fué perfecto en su estado, y según su naturaleza, porque si perfectas fueron las demás criaturas al salir de la nada, él, superior á todas ellas, no había de ser de peor condición y ser creado imperfecto. Además, de admitir lo contrario, iríamos á una de estas conclusiones: ó el tipo eterno del hombre, preexistente en la

mente divina antes de su creación y conforme al cual fué criado, era imperfecto y en este caso negaríamos la sabiduría de Dios; ó si era perfecto ese modelo y sin embargo, fué creado imperfecto el hombre, tuvo que ser, ó porque no pudo Dios crearle de otra manera y entonces negaríamos su omnipotencia, ó porque no quiso, con lo cual se negaría su bondad, ideas todas que se oponen al concepto del Supremo Hacedor.

Para demostrar que el hombre fué creado en estado perfecto, dice Santo Tomás de Aquino: «Habiendo criado Dios en un principio las cosas, no sólo para que existiesen en sí mismas sino también para que fuesen origen y fuente de las demás, las produjo en aquel estado de perfección que les fuese apto para ejercer este oficio. Ahora bien: el hombre puede ser principio de otro no sólo por medio de la generación, sino también por la instrucción y el gobierno. Por tanto, así como le fué dado un cuerpo tal que ya al instante pudiese engendrar, de la misma manera debió hallarse, ya desde el mismo momento de su creación, dotado de un alma capaz de poder *inmediatamente* instruir y gobernar á los demás. De donde resulta que el hombre debió recibir al tiempo de ser criado, la ciencia de todas aquellas cosas en que los hombres suelen ser instruidos por otros, ó sea el conocimiento de todas aquellas verdades que se hallan virtualmente contenidas en los primeros principios de la humana sabiduría » Pero si el hombre fué creado en estado perfecto, era susceptible de una perfección todavía mayor á la cual aspiraba por un instinto profundamente grabado en el fondo de su alma.

Y ocurre preguntar: ¿cómo el hombre criado perfecto, elevado á tan grande altura y capaz de una perfección superior, se empequeñeció, bajó tanto y

llegó hasta el abismo de la degradación en que le vemos durante el curso de la Historia?

El Cristianismo contesta con otro dogma, el dogma de la caída que expondré en pocas palabras.

Así como el Criador impuso leyes á todos los seres de la creación y éstos habían de cumplirlas necesariamente porque carecían de libertad, al hombre que gozaba de inteligencia y libre albedrío, le dió un precepto que debía obedecer libremente y en cuya observancia estribaba su verdadero progreso y su perfección última. Mas el hombre, mal aconsejado y seducido, infringió aquel precepto por un acto de su libre voluntad, faltando así á la condición que le había sido impuesta para que pudiera alcanzar el engrandecimiento hacia el cual su instinto le llevaba, y claro es, al volver atrás en el camino de su progreso, tropezó con la decadencia y la muerte.

¡Ah! ¡cuán terrible y tremendo debió ser para el hombre aquel momento de su caída! Era grande y se encontró pequeño; su espíritu antes elevado hacia lo alto, se ve ahora inclinado hacia lo bajo; su inteligencia antes clarísima, se cubre ahora de espesas sombras, y su corazón siéntese movido de instintos perversos que le arrastran al mal; era señor de los peces del mar, de las aves del cielo y de los animales de la tierra, y los animales y los peces y las aves se rebelan contra él, porque él también se ha rebelado; poseía la tierra, pero ésta no le ofrece ya generosamente sus frutos y habrá en adelante de arrancárselos mediante el trabajo y la fatiga; el sol mismo habríase apagado si pudiera, para no prestarle el calor y la luz. Señores, la Naturaleza entera protestaba contra el Rey que bajando de su trono había abdicado la corona; y ni aun siquiera puede reconcentrarse dentro de sí propio, pues su

miseria le avergüenza y su falta le llena de terror.

Caído el hombre en la senda del progreso, quedó tan herido y maltrecho que con sus propias fuerzas jamás habría podido levantarse y avanzar; era preciso que viniera un *Reparador* de bastante imperio y poderío que le dijese, «levántate y anda y sígueme.» «El Progreso soy Yo,» á cuya voz la humanidad se levantara, anduviera y progresara.

Convenía, sin embargo, antes que tuviera lugar la *reparación*, ofrecida muy á los principios, supiera el hombre hasta dónde podía llegar abandonado á sí mismo, y puesto que, había querido conocer el mal, lo conociera bien y por completo. ¡Triste situación la suya! Religioso por esencia buscaba la Divinidad y no la hallaba; sentía el amor de la Sabiduría, y su inteligencia vislumbrándola, no llegaba á descubrirla; poseía el instinto del arte y no sabía producirlo con su verdadera belleza; y era, porque habiendo perdido la noción de su ideal y rodeado por todas partes de la Naturaleza, la Naturaleza le envolvía y casi pudiera decir que le aplastaba.

¡Pobre humanidad! como viajero de la noche que extraviado, fatigoso y rendido, sin luz que le ilumine, sin guía que le dirija, sin fuerza que le aliente, espera ansioso el alborar del día para orientarse en su camino, así marchó la humanidad después de la adámica caída hasta que lució en hora dichosa el divino Sol del Cristianismo. ¡Ah! Cristo es luz que la ilumina, guía que la dirige, fuerza que la alienta, aurora de la mañana que la alegra, y el único Reparador de eterno imperio é infinito poderío, que pudo decirle y realmente la dijo: ¿buscas la divinidad y no la encuentras? *Ego sum filius Dei.* ¿Sientes el amor á la sabiduría y no la hallas? *Ego sum Veritas.* ¿Suspiras por el progreso y desconoces su camino? *Ego sum Via.* ¿Estás postrada y falta de

vida? *Ego sum Vita...* Ea, pues, levántate, anda y sígueme.
Miró la humanidad á quien así la hablaba, vió sólo á un hombre clavado en una Cruz y díjole: ¿Tú el Hijo de Dios y te condenan por blasfemo?—No te adoro. . . ¿Tú la verdad y te acusan de embaucador?—No te creo. . . ¿Vas á morir y eres la Vida?—No puedo esperar que me levantes. . . ¿Llevas al Progreso y has tropezado con la cruz ignominiosa?—No te sigo. . . Lo que sucedió luego, queda, señores, á vuestra consideración. . . Ello es lo cierto, que poco tiempo después, los príncipes más poderosos, los más heroicos guerreros, los sabios más insignes, los literatos más cultos, los artistas más inspirados, los hombres más santos, formaban un inmenso calvario en cuya cima estaba la cruz; en ella no se leía ya el afrentoso INRI, sino estas sublimes y consoladoras palabras: *Ego sum lux mundi.* «El Progreso del hombre soy Yo.»

La reparación prometida había sido consumada y producía sus efectos.

El Cristianismo: hé ahí el principio del humano progreso, esclarecido con los tres dogmas que antes os decía: *la creación, la caída y la reparación.*

Preguntad ahora á las escuelas racionalistas dónde está el principio del Progreso, y, ciertamente, no podrán contestaros.

El Panteísmo al negar la creación *ex nihilo* del hombre, dirá que fué una emanación de la Divinidad brotando de ella como la rama sale del tronco, ó como la bruma del mar; hablará de múltiples transformaciones del hombre, pero no podrá decirnos en qué momento del tiempo y en qué estado apareció en el mundo, ignorando, por consiguiente, cuándo comenzó su progreso.

El Racionalismo, menos radical, acepta la crea-

ción; pero al rechazar la relación mosaica que antes os dije, y negando la caída del primer hombre, diciendo ser un *Mito* la tradición que sobre ella han conservado todos los pueblos de la historia, tampoco podrá contestar á la pregunta; afirmará que antes de ser el hombre civilizado y culto, fué bárbaro, y antes de bárbaro salvaje; hasta imaginará al hombre prehistórico fantaseando sobre el terciario y el cuaternario; mas ¿el salvaje fué el tipo primitivo del hombre, ó es el hombre degenerado y caído? No lo sabe. Ya lo veis; por todas partes dudas y sombras; en el Cristianismo, en cambio, todo es luz, hermosura y armonía.

Señores, el verdadero punto de partida de Progreso está en el Cristianismo; ya lo decía el mismo Renan en su obra tristemente célebre de la *Vida de Jesús*; oíd sus palabras: «Todos los pueblos civilizados toman el principio de su era del día en que nació Jesús. La humanidad posee aquí un principio inagotable de regeneración moral.... No hay otro principio de renovación fuera del Evangelio, el cual ha puesto la base de la civilización... Después de haber recorrido el círculo de todos los errores, la humanidad volverá á él como expresión inmortal de su fe y de su esperanza.»

* * *

Siendo tantas y tan varias las esferas y relaciones en que el hombre se mueve y desenvuelve, á todas las cuales puede y debe llegar el Progreso con su fecunda y benéfica acción, sería empresa imposible de acometer y realizar dentro del círculo siempre estrecho de una conferencia, exponer sus distintos objetos; no obstante, pueden reducirse á dos grandes síntesis basadas en la consideración de la naturale-

za misma del hombre; y efectivamente: si éste es un compuesto de espíritu y de materia, de cuerpo y de alma; si por una parte ha de vivir la vida del espíritu y por otra la vida de la materia; si por naturales aspiraciones de sus facultades superiores ha de buscar la verdad, amar el bien y gozar en la contemplación de lo bello, y por exigencias también imperiosas de sus cualidades inferiores ha de acomodar á su uso las cosas de la tierra y estar en continuo contacto con ellas, bien podemos dividir el Progreso, por razón de su objeto, en moral y material.

Refiérese el Progreso material á todo aquello que pueda hacer más fácil y cómoda la vida del hombre, á la extensión más creciente cada día de su dominio sobre todas las cosas que le fueron dadas en posesión, á utilizar en su propio beneficio las fuerzas de la materia vencéndolas y sojuzgándolas, á conseguir si le es posible, ver subyugada la Naturaleza por medio de la Naturaleza misma; así pues, tanto mayor será el progreso del hombre en el orden material, cuanto más avance en el conocimiento de las ciencias naturales y más ensanche los límites de su poder sobre el mundo físico.

No creáis, señores, que el Cristianismo reniega y maldice del Progreso material; antes por el contrario, lo bendice y aprueba cuando ocupa en la vida del hombre el lugar y jerarquía correspondientes.

A este propósito, el reinante y sabio Pontífice León XIII, en su notable Encíclica, *Inmortale Dei*, dice: «han de abrazarse con mucho gusto los adelantos que trae consigo el tiempo cuando de veras promueven el bienestar de esta vida, que es como una carrera que conduce á la vida perdurable; y cualquier cosa que pueda contribuir á ensanchar el dominio de las ciencias, lo verá la Iglesia con agra-

do y alegría, fomentando y adelantando, según su costumbre, todos aquellos estudios que tratan del conocimiento de la Naturaleza. Acerca de los cuales estudios si el entendimiento alcanza algo nuevo, la Iglesia no lo rechaza, como tampoco lo que se inventa para el decoro y comodidad de la vida; antes bien, enemiga del ocio y de la pereza, desea en gran manera que los ingenios de los hombres, con el ejercicio y el cultivo, den frutos abundantes; estimula toda clase de artes y trabajos, y dirigiendo con la eficacia de su virtud todas estas cosas á la honestidad y salvación del hombre, se esfuerza en impedir que la inteligencia é industria de éste le aparten de Dios y de los bienes eternos.» Esto mismo ha enseñado siempre la Iglesia Católica, que es la más alta y legítima y sublime expresión del Cristianismo.

Y no podía ser de otra manera; pues al aparecer en el mundo el primer hombre y la primera mujer bendíjolos Dios, dice la Sagrada Escritura, y les entregó el señorío de la tierra diciéndoles: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla:» fué lo mismo que decir: brille tu genio sobre la materia bruta vencéndola y dominándola; con el poder de tu inteligencia manda á los elementos y ellos te obedecerán; recoge, tuyos son, los bienes que la tierra ha de producir con una fecundidad inagotable, y penetra dentro de su seno que allí se encierran ricos tesoros para tí creados; paséate sobre el mar para que reconozca tu soberanía, y muévete si puedes por la región de los aires y así las aves te saludarán como á su legítimo Rey. Ahí tenéis en esas palabras *sojuzgad la tierra* la consagración más alta que puede concebirse del derecho del hombre á poseerla y la más solemne bendición de la Industria.

Después de la caída del primer hombre no le quitó Dios ese dominio, pero sí le condenó á ejer-

cerlo con dolores y sufrimientos; «maldita será la tierra en tu obra,» «espinas y abrojos te producirá;» «con el sudor de tu rostro comerás el pan;» esa es la sentencia que obligó al hombre á trabajar y fomentar la Industria, verdadera manifestación del Progreso material, y la cual no es otra cosa en definitiva, sino el poder de la inteligencia humana obrando sobre las resistencias, antagonismos y rebeldías que la Naturaleza le opone fatal y necesariamente.

Brillantísimos frutos ha producido el ingenio del hombre en el desarrollo del Progreso material durante el siglo XIX; esas casas movibles que, lanzadas á impulso del vapor casi con la velocidad de la flecha, atraviesan llanuras, saltan ríos, horadan montañas y salvan precipicios, llevando al hombre de uno á otro punto de la tierra; esos ricos y hermosos palacios que con marcha segura y dirección fija, conducen al hombre á todas las playas conocidas triunfante de las olas y borrascas que el Oceano levanta como airada protesta al verse humillado en su imponente grandeza; esas que pudiéramos llamar poblaciones subterráneas, donde el hombre arranca del subsuelo las riquezas allí escondidas y las transporta á los distintos hemisferios cambiando con los productos la civilización y la cultura; esas redes de hilos extendidas por todo el globo que permiten la diaria comunicación entre los hombres por muy separados que se hallen, como si hubieran borrado los límites del espacio y la duración del tiempo; esta hermosísima luz que al competir con la del sol destruye para el hombre avaro del tiempo la barrera divisoria entre la noche y el día; los prodigiosos descubrimientos en las ciencias de la Astronomía, de la Química y aun de la Medicina, sobre todo en algunas de sus ramas; los estudios sobre la navegación submarina, llegados á tal grado de avance que

autorizan á esperar un éxito feliz en plazo no lejano, y cuyo lauro fué tal vez arrebatado á España, por las pasiones de los hombres... esos y otros muchos adelantos más, que yo no puedo mencionar ahora, y vosotros recordaréis sin duda, pregonarán á las generaciones por venir, cuántas y cuán gloriosas victorias ha conseguido la humanidad sobre la naturaleza física durante el siglo que va á sepultarse bien pronto y para siempre, en el seno de la Historia.

No regatearé, no, á nuestro siglo sus lauros y conquistas en el orden material; pero tampoco despreciaré con injusticia á las edades que le precedieron, muy fecundas ciertamente en admirables invenciones y portentosos descubrimientos.

A ellas pertenecen Arquímedes, autor del tornillo de su nombre, de la idea del centro de gravedad, del principio de hidrostática, y constructor de aquellos célebres espejos con los cuales incendiaba las naves romanas; Tales de Mileto que dió la primera explicación física de los eclipses; Pitágoras, el primero en sostener que alrededor del sol giran todos los astros y cuerpos del sistema planetario; el canónico Copérnico que asombró á los sabios de su tiempo con su teoría del movimiento celeste en oposición á la de Ptolomeo hasta entonces universalmente aceptada; Galileo que descubrió las leyes de la gravedad é inventó el péndulo, el telescopio y la balanza hidrostática; Newton que explicó el flujo y reflujó del mar por la atracción del sol y de la luna y dió la idea de la gravitación universal; de aquellos siglos son Rogerio Bacon y Blasco de Garay, Leibnitz, Descartes y Pascal y tantos otros, y descollando sobre todos está el siglo XV, que vió el prodigioso invento de la imprenta, el más importante y principal instrumento del progreso, en el cual reco-

noció el inmortal León X, en el Concilio de Letrán, un favor particular del cielo.

Si os ob'igaran á decidir cuál siglo es más ilustre, el que obtuvo adelantos por muy útiles que éstos sean ó el que descubrió los primeros principios y verdades donde aquéllos se basan, no sé yo á cuál daríais la preferencia; mas todos habríamos de convenir y afirmar que la razón humana, en el orden puramente natural á que me refiero, siempre, y sobre todo después que la savia cristiana la fertilizó, produjo abundante cosecha de sazonados frutos. Sí; á pesar de su limitación y flaqueza, grande fué ayer, grande es hoy y grande será mañana, porque es destello de aquella luz increada que jamás se muda ni decrece.

Y bien; ¿el imperio cada día mayor del hombre sobre la naturaleza física y el acrecentamiento constante de la Industria constituyen acaso el verdadero progreso de la humanidad y por ende el de las sociedades? La respuesta os la daré con estas sencillas pero profundas palabras del eximio Aparisi Guizarro: «Que estudien, que discurren, que adelanten los hombres, muy enhorabuena, eso place á Dios. Cuando más profundamente conozcan las maravillas de la Naturaleza, con más entusiasmo bendecirán á su Autor, comprendiendo mejor su grandeza, y sintiendo más vivamente su bondad. Que merced á portentosos descubrimientos logre la ciencia que el hombre dé vuelta al mundo en veinte horas ó vuele por las regiones del aire, perfectamente: sospechamos que Dios no temerá que el hombre suba sobre las estrellas para destronarle, y creemos que cuanto más ingenio tenga el hombre, aparece más grande Dios que se lo ha dado: y cuanto más se

acerquen los pueblos, más deben hermanarse conforme á las miras divinas. Mas es indudable que el Dios que adoran muchísimos es el becerro de oro; casi no oís hablar más que de intereses materiales, y no son muchos los que se acuerdan sinceramente de los morales. Hay palabras que están en moda, como máquinas y bolsa: las hay que suenan y son comprendidas por pocos, como abnegación y sacrificio. Se fabrican hoy muchos teatros, se hacen muchos caminos de hierro, el vapor ha obrado maravillas y la electricidad milagros, pero acaso no sería posible levantar un nuevo Escorial: no puede pensarse ni obrarse tan altamente. Ha perdido el pleito la poesía, el culto de los sentimientos elevados; ahora abunda la prosa, pero ruín y menguada prosa. Enriquecerse y gozar parece ser el credo del siglo XIX; *por eso huele á corrupción.*»

Y á la verdad, ya se considere la naturaleza del hombre, ya se medite sobre los efectos que trae consigo el *preponderante* desarrollo de la materia, ora se recuerden los tristes ejemplos que la Historia ofrece, es preciso reconocer que el Progreso material, con ser muy útil y estimable, no es el verdadero progreso humano.

Ya lo he dicho antes; es el hombre una sustancia compuesta de cuerpo y alma; en el prodigioso organismo del primero se compendian todas las hermosuras de las creaciones inferiores á él, y por consiguiente, ocupa entre ellas el lugar más alto, pero al fin es materia; por la segunda entra en el reino de las criaturas inteligentes, ocupando entre ellas el último lugar, pero al fin es espíritu; por el cuerpo se inclina hacia la tierra de que fué formado;—por el alma se eleva hacia lo infinito, que es su término; por el cuerpo padece el atractivo de las cosas sensibles;—por el alma aspira á la posesión de Dios,

el espíritu más puro; por el cuerpo siente la corrupción y la muerte;—por el alma la incorruptibilidad y la vida, y en una palabra, su espíritu es tan superior sobre el cuerpo, como lo grande es superior sobre lo pequeño.

Ahora bien; si lo que constituye la fisonomía distintiva y característica del hombre es el ser racional y por ello esencialmente diverso y más noble que el mineral, el vegetal y el animal, estando colocado en una jerarquía muy superior, cual es la de los seres inteligentes, es claro que su vida propia y peculiar, ó mejor dicho, su vida principal es la del espíritu; y si el progreso de un sér es, como decíamos al principio, su movimiento hacia adelante en el camino de la vida, su acrecentamiento y perfección, hemos de deducir, como lógica consecuencia, que el progreso verdadero del hombre no consiste en el acrecentamiento y perfección de la materia ó de la sensibilidad, pues este es el progreso de los seres irracionales, sino en el engrandecimiento de su alma ó sea el progreso moral; y ha de procurarle con tanto mayor empeño, cuanto que es medio necesario para la consecución de su fin último, al paso que el progreso material es de suyo indiferente, es decir, podrá ser bueno ó malo, según la dirección que se le dé y los principios que le informen.

Es grave error de la escuela *sansimoniana* la creencia muy extendida en estos tiempos de que en el desarrollo progresivo de la materia y en el adelantamiento y multiplicación de la Industria estriba el progreso y bienestar de las naciones: ¡no es así!, antes por el contrario, por sí solos y si no están animados de la idea cristiana que coloca muy por encima el progreso moral, producen como consecuencia el *egoísmo*, fuente y origen del malestar y decadencia de los pueblos. Punto es este digno de ser

tratado con más extensión de la que yo puedo darle en estos momentos, por lo cual habré de limitarme á apuntar algunas ideas cuya verdad salta á primera vista.

Cuando el hombre se dedica preferentemente al Progreso material, cuando aplica su inteligencia por completo á buscar los medios de aumentar la riqueza, á la prosperidad de la Industria y á estudiar sólo á la Naturaleza, el corazón que sigue siempre al entendimiento en su camino, pone todos sus afectos, anhelos y entusiasmos en la posesión de los bienes naturales, matando de esta manera todo pensamiento grande y todo sentimiento noble; la materia llega á dominarle en forma tal, que siendo su esclava lo hace á la vez esclavo de ella; no le pidáis entonces sacrificios por la patria, porque la patria no llega más allá de su heredad; no le pidáis abnegación por el prójimo, porque no siente otro amor que el de sí mismo; ese hombre, lejos de progresar decae, en vez de elevarse desciende.

Lo mismo podemos decir de las naciones que se pagan demasiado del progreso material, cifrando en él todas sus esperanzas. No; no busquéis ahí la felicidad de los pueblos, pues el desarrollo de la riqueza y el fomento de la Industria si no están influidos por el Cristianismo y no guardan la relación de inferioridad que les corresponde con respecto al progreso moral, como ordinariamente ocurre, favorecerán á unos pocos y no beneficiarán al mayor número, agrandarán las desigualdades sociales y provocarán en definitiva trastornos que pongan en peligro la vida de la sociedad.

Observad atentamente lo que por todas partes sucede; á medida que las industrias prosperan, la tranquilidad pública disminuye; depende esto muy principalmente, de que el progreso material está hoy

en razón inversa del moral. Bien pudiera decirse que el hombre quiere pagar con actos de idolatría á la materia bruta, los goces y venturas que ella le proporciona. ¡Ah, señores! en el altar de este culto hay también el sacrificio de víctimas; son éstas ese crecido número de hermanos nuestros que continuamente encorvados sobre la tierra, sin mirar jamás al Cielo, sin ver apenas la luz del día, sin vivificarse con los rayos del sol, trabajan sin cesar para aprisionar la tierra y amontonar haberes que otros aprovechan y hasta disipan. ¡Infelices esclavos de los esclavos de la materia!; ayunos de todo alimento que nutre la inteligencia y el corazón, y casi ayunos también del pan que sustenta al cuerpo, pasan por el camino de la vida tristes y pobres y despreciados oyendo pregonar á cada instante las excelencias y ventajas del Progreso material.

Cuan cierto es esto que digo, bien lo prueba la necesidad en que se encuentran los gobiernos de establecer leyes que obliguen al cumplimiento del descanso dominical, necesario para la vida del alma y la fortaleza del cuerpo, leyes reguladoras del trabajo de las mujeres y de los niños, leyes sobre los llamados accidentes del trabajo, y tantas más cuyo objeto en definitiva es poner diques á la codicia y al abuso, allí donde no debiera haber otros que la caridad y la justicia.

Siguense de aquí, como consecuencias necesarias, el malestar y zozobra constantes que se advierte por doquiera; el continuo movimiento y agitación sin tregua de las masas que no disfrutaban de los beneficios del progreso material; el mutuo recelo de las clases sociales entre sí quebrantando la unión de los ciudadanos indispensable para la robustez y el vigor de las naciones; la falta de virilidad y fuerza para la defensa del honor y el prestigio de la patria;

la fría indiferencia para todo lo que no sea de interés ó provecho personal; la inmoralidad vergonzosa y depresiva de gobernantes y gobernados y... á qué seguir, otros muchos daños que á diario lamentamos, los cuales lejos de conducir al progreso de los pueblos llévanlos fatalmente á la decadencia y la ruina.

Los que proclaman el acrecentamiento de la riqueza y el desarrollo de la Industria como única y rica fuente de bienandanzas sociales no deberán sorprenderse de ver á las naciones poderosas que á su vez profesan esa misma doctrina, ávidas de mayor engrandecimiento, erigir en suprema máxima de justicia y moral internacional aquella, por desgracia bien conocida en España, de que los países grandes deben dilatarse y extenderse absorbiendo á los más pequeños, porque esa es la fórmula en que se traduce el exagerado amor del Progreso material; es el egoísmo de los individuos aplicado á las sociedades.

En una nación vecina, muy progresiva en el orden material, pero muy decadente en el orden moral, escribía un ilustre publicista, hace menos de medio siglo estas palabras: «Lo que ilusiona á los entendimientos vulgares y poco reflexivos, es la continuidad del progreso material que les persuade de que hay progreso en todo. Ven un inmenso movimiento material, y de ahí deducen que una época de tan gran progreso material debe ser necesariamente época de progreso moral y de prosperidad verdadera; pero hay aquí un grave error y más bien pudiera decirse que el progreso moral y la prosperidad verdadera de los pueblos, están en razón inversa de ese progreso material, cuyas maravillas deslumbran al vulgo.» Señores, pocos años después ese rico Imperio, tan repleto de oro como exhausto de fuerza y falto de moralidad, fué vencido, humi-

llado y desmembrado, y todavía, cual madre cariñosa, suspira por ver devueltas á su regazo las dos provincias que el enemigo implacable le arrebatara.

Prósperos y florecientes fueron los antiguos Imperios asiáticos y sin embargo, su decadencia moral los llevó á la muerte: más próspero y floreciente aún fué el Imperio romano: allí había literatura, cuyo brillo no ha empañado el polvo de veinte siglos; allí había un arte que llevaba impreso el sello de la majestad romana; allí había legislación, obra acabada de la humana sabiduría; allí estaban reunidas las riquezas de todo el globo; allí había desarrollo material perpetuado en obras colosales que han desafiado al tiempo; allí había industria, agricultura y comercio; y á pesar de tan brillante cultura, compendio de las civilizaciones anteriores, sucumbió Roma en un estado de relajación y corrupción inconcebibles, y bien pudiéramos decir, que aquel Imperio antes de acabar era ya un cadáver corrompido cubierto con espléndido manto de púrpura. Señores: asombra recordar tanta decadencia. A los Fabios y Scipiones tan austeros y valerosos, sucedieron los emperadores viciosos y afeminados; al Senado soberbio y altanero, *la casa de Cómodo ó el palacio que se alquila*; á las Vestales que sostenían el fuego sagrado, aquellas matronas prostituidas que pascaban su impudor en Lupercales y Anfiteatros; al pueblo en un principio tan enérgico defensor de sus derechos, las muchedumbres rebajadas con la adulación que á los Césares prestaban; á las legiones invictas en todo el mundo, aquellos soldados que apenas opusieron resistencia al empuje de los bárbaros; y todo esto era, porque aquel organismo corpulento no tenía espíritu vivificador que lo animara, á no ser el culto de los vicios divinizados y la filosofía sensualista y estoica; y creedlo, pues es

cierto, los pueblos que no gozan de otro progreso que del progreso material *huelen á corrupción*.

Con razón, señores, exclamaba Balmes, gloria de la filosofía española, al contemplar el extraordinario desarrollo de la materia y de la industria: «El hombre siente que es más grande todavía que esas máquinas, que esos artefactos; su corazón es un abismo que con nada se llena; dadle el mundo entero y el vacío será el mismo. La profundidad es insondable; el alma creada á imagen y semejanza de Dios, no puede estar satisfecha sino con la posesión de Dios. La religión católica está avivando de continuo esos altos pensamientos; señala sin cesar con el dedo ese inmenso vacío. En los tiempos de la barbarie, colocóse en medio de pueblos groseros é ignorantes para conducirlos á la civilización; ahora permanece entre los pueblos civilizados para prevenirlos contra la disolución que les amenaza.»

* * *

Ensoberbecida la razón humana y creyendo poder con su propio esfuerzo explorar el vasto Océano de la Metafísica, arrojó fuera de sí, como inútil instrumento, la brújula de la fe; desde entonces, cada vez que pretende profundizar en aquellas cuestiones filosóficas iluminadas por la revelación, la vemos, unas veces embarrancar en el absurdo, otras en el error, y casi siempre encontrar nieblas y sombras que la impiden fijar y analizar debidamente el objeto de su estudio, hasta el punto de haber dicho un sabio pensador: la gran fórmula de la filosofía racionalista se sintetiza en las siguientes palabras: *Lo indefinido en todos sentidos y en todas direcciones.*

Quiso fijar la noción del tiempo y como el mundo no tiene razón para haber comenzado en un instante

más bien que en otro, según la escuela racionalista, y tiene razón decisiva para existir indefinidamente, dedujo que el tiempo es indefinido. «Si el universo, dice, tiene principio, éste está situado en el infinito.» De igual manera, el indefinido en el origen del mundo lo aplica la filosofía racionalista al origen del alma humana afirmando que «ésta debió ser criada en el estado menos elevado; pero su principio es indefinido.»

Pretendió luego precisar el concepto de la extensión é hizo el siguiente razonamiento: «El universo no tiene límites; si la creación tiene razón para existir en un lugar, la misma razón tiene para existir en todos los lugares. Más allá de los últimos soles que notamos hay otros soles, y de abismo en abismo se hallan soles y más soles; luego si no se conocen límites en el universo y no los hay sino en nosotros, la extensión es *indefinida*.»

Por último, trató de ver si el progreso tenía límites, y así como no los halló en la extensión ni en el tiempo, era natural que tampoco los encontrara en el progreso; antes por el contrario, del tiempo indefinido y de la extensión indefinida dedujo el progreso también indefinido y exclamó: «el progreso no tiene término; adelante, pues, adelante siempre; el progreso del hombre es una marcha constante y un viaje sin término; es una gravitación eterna de vuestra vida hacia un centro que va buscando siempre sin encontrarlo jamás.»

Nada, señores, tan irracional como el progreso indefinido, porque al buen sentido repugna la idea de un progreso sin término; la palabra progreso significa la idea de marchar avanzando hacia adelante, así como la de retroceso significa la idea de marchar hacia atrás; por consiguiente, para decidir si se adelanta ó se atrasa, para averiguar si se sube por la

senda del progreso ó se baja por el camino de la decadencia, es preciso conocer el fin hacia el cual se camina. ¿No os parece absurdo un viaje sin término? A cualquiera que se le dijese, «marcha y camina,» preguntaría inmediatamente: ¿á dónde? pues como dice Santo Tomás de Aquino con su admirable perspicacia, las cosas no se mueven sólo para moverse, sino para llegar, y tratándose de la vida humana y del progreso humano, es necesario conocer el objeto final de la primera y el último término del segundo.

Por otra parte (dice el escritor á que antes aludía), Dios que con su dedo señala á cada movimiento su línea, á cada existencia su camino y á cada astro su órbita, ¿podría haber dejado sin objeto determinado á ese sér cuyo primer pensamiento es la mirada que su inteligencia dirige en busca de su fin? ¿pues qué! reconocéis en Dios una inteligencia infinita y ¿habríais de consentir en que su misma obra fuese un solemne insulto á su inteligencia? ¿Creéis que la obra de la creación del hombre en que resplandece la bondad, la sabiduría y el poder de Dios no ha de tener destino final? ¡Ah!, sí, lo tiene y en él está precisamente el término del progreso.

El destino del hombre, vosotros lo sabéis, es la felicidad, y la felicidad del hombre se halla en la posesión de Dios y el medio de poseer á Dios es la virtud; todo esto es porque Dios es la esencia misma del bien y como tal su causa, su camino y su premio. El hombre conoce con su razón el bien eterno y absoluto y con su voluntad lo quiere y con su libertad lo busca, armonizando todas las aspiraciones de su naturaleza, todos los anhelos de su alma, y ordenándolos voluntariamente en el orden que ha de conducirle por la senda del bien moral á la posesión y goce del bien sumo.

Por eso decía un elocuente orador en un discurso muy notable: «*el sér perfecto como lo es vuestro Padre que está en los cielos, que nos promulga la revelación como el imperativo categórico del progreso, no es otra cosa, á nuestros ojos, que la ley esencialísima del sér, la íntima esencia de su naturaleza irreductible mediante la cual el Sér por esencia ordena al sér por participación que se perfeccione según su propia naturaleza, así como es perfecto, según la suya, el que es bondad absoluta y suprema por la absoluta ascidad de su naturaleza divina. Y el hombre, fija la vista en el ideal y la voluntad en el fin, reclama, ordenándolos con la razón, todos los medios necesarios para la completa realización progresiva de sus maravillosos destinos.*»

Por todo lo que dejo dicho hasta ahora, habréis adivinado que el verdadero progreso humano consiste en el progreso moral, el cual se consigue, á mi juicio, primeramente, y como medio necesario, por la educación de los sentimientos del corazón mediante la práctica de la moral cristiana; en segundo lugar, por la cultura de la inteligencia subordinada á la fe en todo aquello en que esplende con luz vivísima la divina revelación, y libre, perfectamente libre, en todo lo demás; finalmente, por el cultivo del arte, tanto más bello y sublime cuanto más inspirado esté por el espíritu y el ideal cristianos.

También aquí nos sale al encuentro el moderno racionalismo y nos dice: cierto que aquellos pueblos en que no resplandece la moral, degeneran y perecen, pero la moral que los hace grandes no es precisamente la moral cristiana, sino la moral *filosófica, independiente, universal*; es verdad que las naciones donde la ciencia no avanza quedan estacionadas y

oscurecidas; pero á fin de que la ciencia prospere es preciso proclamar muy alto la *independencia absoluta de la razón humana*; es conveniente y muy útil que el arte progrese y se desarrolle, mas el arte nunca llega á tan alto grado de esplendor sino cuando copia á la espléndida y brillante Naturaleza; es decir, la humanidad progresa y progresará siempre mediante sus propias y únicas fuerzas. ¡Cuánto error, señores, y cuánto extravío!

Con efecto; en el siguiente pasaje de Kant encontraréis la teoría de la moral filosófica: «La maravillosa religión del Cristianismo, en su extrema sencillez, ha enriquecido la filosofía con ideas morales mucho más precisas y puras que las que ésta había presentado hasta entonces; ideas, sin embargo, que, una vez promulgadas, son admitidas y aprobadas libremente por la razón, y que ésta habría podido y debido descubrir é introducir por sí misma»; quiere decir esto, que la razón humana puede por sí sola é independientemente de toda influencia cristiana, establecer un sistema de Moral completo en el orden natural, y tan perfecto y sublime como el que contiene la moral cristiana. ¡Cuán fácil es apreciar la excelencia y bondad de una cosa después que ha sido descubierta y enseñada, y cuán ridículo afirmar que de no haberla otro descubierto, uno mismo la habría dado á conocer por su propio ingenio si aquél no se hubiera anticipado á inventarla!

No es esta la ocasión de refutar la teoría de la moral independiente bajo todos sus aspectos; pero sí he de hacer observar que su falsedad está demostrada por la historia de la humanidad. Ningún filósofo racionalista ha llegado hasta ahora, ni creo que llegará nunca, á la altura á que llegaron los filósofos de la escuela griega, y sin embargo, ¿cabe un sistema de moral más imperfecto, y valga la para-

doja, más inmoral que el constituido por Platón y Aristóteles? Ellos defendieron y enseñaron el crimen, y si os sorprende esta afirmación, oíd el siguiente pasaje de la *República* de Platón:

«Menester es, según nuestros principios, procurar que entre los hombres y las mujeres de mejor raza, sean frecuentes las relaciones de los sexos; y, al contrario, muy raras entre los de menos valer. Además, es necesario criar los hijos de los primeros, *mas no de los segundos*, si se quiere tener un *rebaño* escogido;» y más adelante agrega: «En cuanto á los hijos de los ciudadanos de inferior calidad, y aun por lo tocante á los de los otros, si hubiesen nacido deformes, los magistrados los *ocultarán* como conviene, en algún lugar secreto, que será prohibido *revelar*. Y uno de los interlocutores responde: «sí, sí, queremos conservar en su pureza la raza de los guerreros!»

Aristóteles es más cínico todavía: «Para evitar, dice, que no se alimenten las criaturas débiles ó mancas, la ley ha de prescribir que se las exponga *ó se las quite de enmedio*. En el caso que esto se hallare prohibido por las leyes y costumbres de algunos pueblos, entonces es necesario señalar á punto fijo el número de los hijos que se pueden procrear, y si aconteciese que algunos tuviesen más del número prescrito, se ha de provocar el aborto, antes que el feto haya adquirido los sentidos ni la vida.»

¿Qué os parece, señores, la moral puramente filosófica preconizada y ensalzada por el orgullo del racionalismo? Y esto es por lo que respecta al orden puramente natural, pues todos sabemos cuántos dogmas y cuántos preceptos establece la religión cristiana que entran dentro de la esfera sobrenatural, á la cual no pudo ni habría podido jamás llegar la razón del hombre aun en el más alto grado de

desarrollo, y en cuyo cumplimiento estriba su verdadera perfección.

El mismo Voltaire, símbolo y encarnación del espíritu del mal en el mundo — en frase de Menéndez Pelayo, — más célebre por la brillantez de su estilo como escritor que por la medianía de su talento filosófico, haciendo el elogio de San Luis Rey de Francia, escribía: «¿Qué buen rey, en las religiones falsas, vengó todos los días en sí mismo los errores inherentes á una administración difícil y de los cuales no se creen los príncipes responsables? ¿Dónde está el grande hombre de la antigüedad, que haya creído deber dar cuenta á la justicia divina, no digo de sus crímenes, sino de sus más ligeras faltas, y de las faltas de los que, encargados de hacer cumplir sus mandatos, podían no ejecutarlos con bastante justicia? ¿Qué climas, qué tierras vieron jamás á los monarcas paganos despreciar la grandeza que hace considerar á los hombres como seres superiores, y la delicadeza que enerva? Y lo que más debe excitar nuestra admiración, ¿es aquella piedad heroica que nos recuerda todas las acciones santas de su vida, es su humildad en el seno de la grandeza, aquel ardor con que el santo rey procuraba aliviar las almas de los débiles y socorrer todos los infortunios?»

Y luego en un arranque de hermosa elocuencia exclama: «Mirar de la misma manera la corona y los grillos, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener en el corazón más que á Dios y su deber; no afectarse sino con los males de sus hermanos, y considerar los suyos como una prueba necesaria á su santificación; hallarse siempre en la presencia de su Dios; no emprender nada, no triunfar nunca, no sufrir sino por él; hé aquí San Luis,

hé aquí el *héroe cristiano*, siempre grande, siempre sencillo, siempre olvidado de sí mismo. Reinó para sus pueblos; hizo todo el bien que pudo, sin desear siquiera las bendiciones de aquellos á quienes hacía felices. Huyendo de la gloria, que había de ser el premio de sus beneficios, los extendió á los siglos venideros. No hizo la guerra más que por sus súbditos y por su Dios. Vencedor, perdonó siempre; vencido, sufrió su cautiverio sin afectar insensibilidad. Su vida se pasó toda entera en la inocencia; vivió en cilicio y murió sobre las cenizas.»

«Jamás, dice Voltaire, recibió la virtud más hermoso homenaje que el tributado al gran rey; toda la moral pagana no había siquiera imaginado una cosa semejante, y— *es porque la Religión produce, en las almas en que ha penetrado, un valor superior y virtudes superiores á las virtudes humanas.*»

Este magnífico cuadro de la santidad cristiana trazado por el impío Voltaire, es testimonio irrecusable de las excelencias de la moral evangélica; un solemne mentís á los que ensalzan las virtudes puramente naturales constitutivas de la moral filosófica, universal é independiente; y un argumento de mayor excepción contra el racionalismo que, en la práctica de esta moral pequeña, vacía y deficiente, pretende cimentar la perfección y el progreso de la humanidad.

No menor influencia que en el orden moral, ha ejercido y ejerce el Cristianismo en el orden intelectual y en la marcha progresiva de la ciencia por medio de la armonía entre la inteligencia y la fe, enseñando «que aunque la fe sea superior á la razón, es imposible descubrir entre una y otra ningún principio de desacuerdo, porque derivándose

ambas de la fuente única é invariable de la verdad, se prestan necesariamente mutua ayuda.» A este propósito, dice Leibnitz: «Así como puede decirse que la razón es una revelación natural, de que Dios es el autor, así puede también decirse que la revelación es una razón sobrenatural, esto es, una razón extendida por un nuevo fondo de descubrimientos emanados del mismo Dios. Pero estos descubrimientos suponen que tenemos el medio de discernirlos, que es la misma razón y así es como el proscibirlos para ceder su puesto á la revelación, sería lo mismo que arrancarse los ojos para ver mejor con un telescopio los satélites de Júpiter.» Y Voltaire por su parte escribía: «Al ver á la razón hacer progresos tan pasmosos, pero tan sólo desde el momento de la predicación del Evangelio, bien podéis considerar á la fe como una aliada, que deba venir en vuestra ayuda, y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debéis estimarla y no temerla.»

¡Ah señores! Sólo al orgullo del hombre pudo ocurrírsele proclamar el antagonismo entre la razón y la fe, y la absoluta independencia de la razón humana como base y principio de todo progreso científico, olvidando que, mientras el entendimiento no tuvo otra luz que la suya propia, no pudo ver más allá del círculo que su limitación le trazaba. Pudo conocer algunas verdades del orden natural, pudo estudiar á la Naturaleza, pudo estudiar al hombre y hasta pretendió concebir el concepto y la idea de Dios; pero avanzó tan poco en sus indagaciones, incurrió en tantos errores, y aun en las mismas verdades que proclamó había tal confusión y discordancia, que basta el cuerpo de la filosofía antigua, para atestiguar de manera incontestable, cuán limitada es la inteligencia del hombre; y así lo comprendieron los sabios del paganismo cuando uno de ellos

escribió aquellas profundas palabras: «sólo sé que no sé nada», y se veían precisados á exclamar con Sócrates, que las verdades más superiores por ellos descubiertas eran como los *desvarios de una vieja delirante*.

Observa con mucha razón Pascal, que hay tres mundos: el mundo de los cuerpos, el mundo de los espíritus y otro tercer mundo que es Dios, y que es sobrenatural é infinito. La Filosofía pertenece al segundo, debe dominar al primero y estar sometida al tercero, no para anonadarse, sino para elevarse. Pues bien, para la segura exploración de esos tres mundos fué necesaria la antorcha de la revelación; porque abismado el entendimiento humano en la debilidad de sus fuerzas, y presintiendo por su instinto que más allá del término de su visión había anchísimo campo que descubrir, en vano se esforzaba por llegar á él; la fe engrandece sus conocimientos; le confirma en las verdades naturales, y tomándole de la mano le conduce hasta la región de lo infinito. ¡Ah!, sí; ya el hombre podrá conocer con precisión las verdades más fundamentales de la creación del mundo, de la extensión y del tiempo; podrá conocer su propia naturaleza, su principio y su fin, la espiritualidad é inmortalidad de su alma, las relaciones de sociabilidad y los principios constitutivos de la sociedad: podrá formar el concepto de los atributos de la esencia divina, y sentirá satisfecha la necesidad del *Misterio* abrazando con su razón los que el Cristianismo le presenta.

Es indudable, pues, que la fe divina llena el vacío que deja la razón humana, y ambas estrechamente unidas, aunque distintas, conducen al hombre por la senda del progreso de tal manera, como dice Montaigne, «que aun cuando le hayamos dado á la razón principios ciertos é infalibles, por más

que iluminemos sus pasos con la lámpara santa de la verdad que plugo á Dios comunicarnos, vemos, sin embargo, todos los días, que por poco que ella se aparte del sendero ordinario, ó se extravíe del camino trazado y batido por la Iglesia, al momento se embaraza, se enreda y se extravía, revolviéndose y flotando en este vasto mar turbado y agitado de las opiniones humanas, sin objeto y sin freno que la detenga. Al momento que pierde este grande y común camino, empieza á dividirse y á disiparse en mil caminos diferentes.»

Prueba de ello es, el número incontable de escuelas, teorías, doctrinas, hipótesis y opiniones, dentro del campo racionalista que, partiendo de un solo principio, la negación de lo sobrenatural, luchan continuamente las unas con las otras, se contradicen á sí mismas negando hoy lo que afirmaron ayer, y al fin llegan todas á un solo término, la degradación de la inteligencia, la cual, si para el Doctor Angélico es un reflejo del entendimiento divino, para Renan no es otra cosa sino una enfermedad del cerebro humano.

Señores; si queréis conocer hasta dónde se eleva y engrandece la ciencia mediante la unión y armonía entre la inteligencia y la fe, paraos un momento siquiera á contemplar la magnífica y colosal figura de Santo Tomás de Aquino. Allá en los siglos del *oscurantismo*, cuando, según Weis, llegaban á treinta mil los alumnos de la Universidad de Oxford que asistían á la cátedra del franciscano Escoto, á quince mil los que oían en Roma las explicaciones del canónigo Copérnico, á más de siete mil los escolares de nuestra gloriosa Salamanca, se destaca el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino enseñando á cuarenta mil discípulos en las aulas de París. Él había recogido, purificándola de sus errores, toda la

ciencia antigua, y profundizando, como nadie lo ha hecho ni antes ni después, en la ciencia nueva, formó la síntesis más completa de la sabiduría cristiana, abarcando la Teología con su fe y la Filosofía con su razón. ¡Ah!; él es fuente pura de verdad, faro luminoso del progreso, sol esplendente sin nubes ni eclipses que alumbra al siglo XIX, llamado de las *luces*, con la misma fuerza que alumbró al siglo XIII, llamado de las *sombras*; es el Ángel de las escuelas, el Doctor más insigne, el filósofo más racional y de espíritu más amplio, el oráculo de la Teología y el consultor de los sabios. Sí; las obras del gran maestro serán siempre ejemplo vivo y perdurable de cuanto se eleva, cuanto se dilata y cuanto brilla el genio del hombre, por virtud de la íntima alianza entre la inteligencia y la fe.

¿Cuándo escribirá el Racionalismo la *Suma* de su Filosofía?..... Contestad vosotros si podéis.

Y si queréis admirar ahora el encumbramiento del Arte realizado por virtud de la inspiración cristiana, dejaos llevar por Donoso Cortés á la vista de las obras maestras de la civilización antigua. Ante las pirámides de Egipto os dirá: «por aquí ha pasado un arte grandioso y bárbaro.» Ante las estatuas griegas y los templos griegos os dirá: «por aquí ha pasado un arte brillante, efímero y gracioso.» Ante la vista de un monumento romano, os dirá: «por aquí ha pasado un gran pueblo.» Ante la vista de una Catedral, al ver tanta majestad unida á tanta belleza, tanta grandeza unida á tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta medida junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez

en las piedras y tanta suavidad en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirá: «por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia y la más portentosa de las civilizaciones humanas; ese pueblo ha debido tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante, lo inmortal y lo perfecto.»

Pero no os detengáis; penetrad dentro del templo católico, y allí entre los profundos y melódicos ecos del órgano que unas veces gime y otras canta, llegaréis á las dulzuras del éxtasis con Fra-Angélico; sentiréis los arrobamientos del Tabor con Rafael; derramaréis lágrimas de dolor por la pasión y la agonía de Cristo, con Montañés y Velázquez; asistiréis al Juicio final con Miguel Angel; subiréis al Cielo por la inspiración de Ticiano; y os embelesaréis contemplando con Murillo aquella *Inmaculada* criatura que «cuando Dios preparaba los cielos, cuando cercaba los abismos, cuando afirmaba la región etérea y equilibraba el cristal de las aguas, cuando circunscribía al mar en su término y daba leyes á sus olas para que no rompiesen el frágil muro de arena, cuando colgaba los cimientos de la tierra, con Él estaba, concertándolo todo; deleitándose cada día y regocijándose á toda hora en su presencia.....» Y si después de todo esto, gustáis de las bellezas literarias de Shakespeare y de Dante, de Bossuet y Fenelón, de Maistre y Augusto Nicolás, de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, de Cervantes y Quevedo, de Teresa de Jesús y Fray Luis de Granada, de Ojeda y Calderón, de López de Vega y Herrera el *Divino*..... ¡Ah! entonces, admirados de tanta maravilla y grandeza, habréis de confesar con-

migo que el Cristianismo ha sido el gran motor que ha impreso al Arte en todas sus manifestaciones un vuelo tan prodigioso remontándolo hasta la esfera de lo sublime.

Señores; el panteísmo más ó menos radical que destruye la idea de Dios; la indiferencia religiosa que mata en el hombre los sentimientos más nobles; el racionalismo filosófico que recluye á la inteligencia dentro de sus fronteras naturales cortándole las alas para elevarse á más altas regiones; el liberalismo en política que desgobierna á los pueblos; el egoísmo en el desarrollo de la Industria que produce en el obrero la extenuación del cuerpo y la corrupción del alma; la absoluta libertad de la cátedra y de la imprenta, que tan graves daños produce en todos los órdenes de la vida; el socialismo que pretende abrir brecha en la constitución y economía de la sociedad; el realismo en el arte que, al privarle de su ideal más sublime, lo corrompe y degrada; la enseñanza laica, disfrazada con el nombre de integral, por la cual la juventud se educa conforme á los principios del moderno naturalismo; errores son del siglo XIX, enemigos del verdadero engrandecimiento y progreso de las Naciones.

* * *

Ya lo habéis visto, soy amante del progreso; por lo mismo deseo la regeneración de mi patria; para conseguirla no hemos de olvidar el pasado, como algunos quieren, antes por el contrario, debemos

inspirarnos en su gloriosa historia. ¡Ah, señores! ¡Cuán grande y admirable ha sido España en todas las edades! Valerosa en la infancia, pelea sin cesar por desasirse del tutor artero y codicioso; en la juventud, es piadosa en su unidad católica, prudente en sus Concilios de Toledo, sabia en el Fuero Juzgo; desposeída luego de sus bienes propios, lucha heroica por recobrarlos escribiendo con sangre el poema épico de la reconquista; en la plenitud de la vida, es magnánima con Isabel la Católica; grande con Carlos I, el Monarca español por excelencia; poderosa y llena de majestad con Felipe II, el Rey de los reyes españoles; conserva la dignidad sin humillaciones ni bajezas, en el ocaso de su prosperidad... ¡Ay! estaba reservado á las generaciones del siglo XIX, tan poseídas de la idea del progreso, mirar indiferentes, la religión ultrajada, la moral escarnejada, vacilante el trono, la justicia en entredicho, las leyes conculcadas, la agricultura empobrecida, vacía la Caja pública, *entregado* el imperio colonial, minados los cimientos de la familia, y los ciudadanos divididos, y las ideas en horrible confusión... y la vieja patria, cien veces noble, decaída, humillada y moribunda, rodeada de curanderos mercenarios é inhábiles doctores.

Y á la vista de cuadro tan oscuro asalta á la imaginación un pensamiento bien triste... ¿Morirá España?... Dios lo sabe... Yo para mí tengo que los traidores de adentro y los enemigos de afuera podrán arrastrarla hasta el borde mismo del sepulcro, mas el pueblo heroico vencedor en mil combates del francés, del árabe y del turco, también de ellos triunfará. Y si llegara á sucumbir... Señores, si llegara á sucumbir, así como en otro tiempo el dolor y la aflicción de la viuda de Sarepta ante el hijo muerto, enterneció á Elías y le retornó á la

vida, de igual manera, el desesperante clamor de los buenos españoles conmoverá el corazón de Dios, Providencia Suprema de la Historia, y resucitará gloriosa á esta Nación bendita que sacó del mar un Nuevo Mundo, para que á Él rindiera, eterna y ferviente adoración.

HE DICHO.

